

No. 3 - Junio - 1952



REVISTA INFANTIL NACIONAL

TOMO II

El Ejemplo

Juan Burchi

Desde que el sol asoma,
el árbol del camino
florece en luz y fructifica en sombra.

La cinta de agua que recorre toda
la entraña de la sierra, desgarrándose,
cuando a la luz se asoma
olvida el sufrimiento de la marcha
y se brinda cordial y generosa.

El cacto, que en la grieta de la roca
se adhiere por milagro,
y es una vida humildemente heroica
en la aridez y el fuego de los soles,
al cabo—beatitud conmovedora—
troca el dolor de un año
en una flor hermosa.



Revista Infantil Nacional
Publicada por la

FILIAL DE ANDE

Cantón Central de Heredia

Directora:

EVANGELINA GAMBOA

Tel. 124 - Heredia

Administración:

MARIA CRISTINA MARTÍNEZ

EMMA MORALES

Heredia - Costa Rica

Sumario:

El ejemplo	1
Fauna	2
Los chivos porfiados	3
Las tres naranjitas	5
El pájaro que habla, el árbol que canta y el agua de oro	7
La casa donde vivió don Juan Rafael Mora	13
Página de los niños	15
Dibujos de los niños	16

JUNIO 1952

NUMERO 3

Maderas: Francisco Amighetti.

Dibujos a pluma: Juan Manuel Sánchez.

VALE:

₡ 0.20

FAUNA

Que salte el conejo,
que baile el ratón
en la rueda-rueda
de San Borombón.

Que el cordero bale,
que ruja el león
y gire la rueda
de San Borombón.

La rana de lata
y el pez de latón
rueden en la rueda
de San Borombón.

El tigre de goma,
la osa de algodón
saltan en la rueda
de San Borombón.

Y toda la fauna
de goma y latón,
del lobo al cordero,
del gato al ratón,
del pez a la rana,
del tigre al león,
rueden en la rueda
de San Borombón.

Yolanda Leonart.



Los chivos porfiados

Hubo una vez, en tiempo muy remoto, un niño que cuidaba unos chivitos.

Por la mañana los sacaba del establo donde dormían y los llevaba al cerro.

Allí se quedaban pacienco todo el día, y al llegar la noche volvían al establo.

Una tarde, ya acercándose la noche, les dió por no moverse de donde estaban. El pobre muchacho trató de mil modos e hizo lo posible para que se volviesen, pero en ninguna forma lo logró.

Por fin, el muchacho se sentó en una roca y se puso a llorar, pues temía que su padre le castigase por no volver con el rebaño a tiempo.

Luego pasó por ahí un conejito y le preguntó al niño:

—¿Por qué lloras?

El muchacho le contestó:

—Lloro porque los chivitos no quieren volver a casa, y mi padre me castigará por llegar tarde.

—Pues yo los haré marchar, no temas,—dijo el conejito.

Pero los chivitos tampoco le hicieron caso.

Entonces dijo el conejito:—Yo también me pongo a llorar.— Y se sentó al lado del niño, y llora que te llora.

Luego vino la zorra y dijo:

—¿Por qué lloras conejito?

—Lloro, por que el niño llora, y el niño llora porque no quieren marcharse los chivitos.

—Pues yo los haré marchar.

Y la zorra hizo cuanto pudo para que se marchasen, pero los chivitos seguían paciendos y no se movían de su sitio.

Entonces dijo la zorra:—yo también me pongo a llorar.—Y se sentó al lado del conejito, llorando amargamente.

Después de un rato vino el lobo, y mirando a los tres, preguntó a la zorra:

—¿Por qué lloras?

Y la zorra le contestó:—Lloro, porque llora el conejito; y el conejito llora porque llora el niño; y el niño llora porque los chivitos no quieren volver a casa.

—Pues yo los haré marchar al momento—dijo el lobo. Pero a pesar de todos sus esfuerzos, los chivitos no le hicieron el menor caso.

Entonces,—dijo el lobo—yo también me pongo a llorar. Y se sentó al lado de la zorra y empezó a llorar.

Y como cada uno de los cuatro lloraba a su manera, el ruido que hacían era espantoso.

Y los chivitos mientras tanto, seguían pace que te pace.

Luego pasó por ahí una abeja, y al oír tamaño escándalo, se tapó los oídos con ambas patitas.

—¿Puede saberse por qué lloras, lobo?—le preguntó la abeja.

—Lloro, porque llora la zorra; y la zorra llora porque llora el conejito; y el conejito llora porque llora el muchacho; y el muchacho llora porque esos chivitos no quieren volver a casa.

—¡Tanto ruido por tan poca cosa!—dijo la abeja.—Ya verán esos porfiados cómo yo, los hago marchar a escape.

Entonces todos... el niño y el conejito, la zorra y el lobo dejaron de llorar y soltaron a reír a carcajadas, oyendo lo que decía la abeja, pues, cómo podía ella, siendo tan pequeña, lograr lo que ellos mismos no habían logrado?

La abeja voló hasta donde estaban los chivitos, y se puso a zumbir: ¡z...z...z...z...z...! ¡z...z...z...z...z...!

Y a los chivitos les molestaba tanto aquel zumbido, que dejaron de pacer, pero todavía no se marcharon.

La abeja se paró entonces en la oreja del chivo más grande y ¡z...z...zum! le picó tan fuerte, que éste corrió a todo escape, y los demás chivos detrás de él, y no pararon hasta llegar al establo. Tanto corrieron, que el muchacho con trabajos los pudo alcanzar.

Y el conejito, y la zorra y el lobo, se quedaron allí, en el cerro, mirándose uno al otro, con la boca abierta, completamente sorprendidos.



Las tres naranjitas

Pues una vez un príncipe se disfrazó de pobre para correr el mundo buscando una doncella que, por sus propios méritos, sin interés ninguno, su corazón le diera.

El príncipe la busca que tronos y coronas
y adoración merezca ...
el príncipe la busca
mejor que rica, hermosa ...
mejor que hermosa, buena ...

Anda que te anda por el mundo,
buscando su amor,
de fatiga y de sed muerto el príncipe,
a un castillo encantado llegó.

Con la sed que lo abrasa va y coge,
el príncipe ansioso,
de un naranjo verde,
tres naranjas de oro ...

Parte la primera,
y cuajada de piedras preciosas
sale una princesa ...
El príncipe le dice
que de sed y fatiga se muere;
pero ella, al verlo pobre, se va sin responderle.

Parte la segunda;
sale otra princesa
que, de tan hermosa, como un sol deslumbra.
El príncipe le dice
que de sed y fatiga se muere;
pero ella, al verlo pobre, se va sin responderle.

Parte la tercera:
la princesa que ahora aparece
se ve que es un ángel de humilde y de buena ...
El príncipe le dice
que de sed y fatiga se muere;
y, ella va corriendo y en sus manos blancas
agua cristalina le trae de una fuente.

Esa es la que el príncipe
para esposa quiere ...
la que va corriendo y en sus manos blancas
agua cristalina le trae de la fuente.



El pájaro que habla, el árbol que canta y el agua de oro

(Continuación)

Agradeció Baman las palabras del anciano; tomó la bola, y echándola a rodar siguió detrás hasta la falda de una montaña. Dejó allí su caballo y comenzó la ascensión entre las filas de piedras negras. Apenas había dado cuatro pasos, comenzó a oír las voces de que le había hablado el derviche; unas se burlaban de él, otras le insultaban, otras proferían terribles amenazas. El príncipe siguió subiendo intrépidamente, pero las voces llegaron a hacer tan amenazador estruendo rodeándolo, que sus rodillas empezaron a temblar. Volvió la cabeza para retroceder y al instante quedó transformado en una piedra negra, lo mismo que su caballo.

Parizada llevaba siempre a la cintura el cuchillo que su hermano le entregó al partir. Un día, al mirar su hoja, la vió chorreando sangre, y la pobre princesa lloró amargamente la desgracia de Baman.

Pero Perviz era animoso y valiente, y no podía conformarse como ella con llorar a su hermano. Así, pues, decidió intentar la misma empresa, y se aprestó a partir en seguida sin dar

oídos a los lamentos de Parizada, que temía perder a los dos y quedarse sola en el mundo. Antes de partir, Perviz entregó a su hermana un collar de perlas con cien cuentas, diciéndole:

—Repasa diariamente las cuentas de ese collar. Si un día las perlas no corren, como si se hubieran pegado unas a otras, será que me ha ocurrido alguna desgracia. Lloro entonces por mí.

Y abrazándola amorosamente montó a caballo y siguió el mismo camino que su hermano.

A los veinte días encontró al derviche en el mismo lugar, bajo el mismo árbol; le hizo iguales preguntas, recibió las mismas indicaciones y consejos, y tomando la bola brillante que el anciano le entregó, la echó a rodar y siguió tras ella hasta la falda del monte. Descabalgó allí y comenzó a subir a pie la cuesta bordeada de piedras negras. Pero apenas había dado unos pasos oyó una voz amenazadora que decía:

—¡Aguarda, cobarde; no huirás de mi venganza!

El príncipe era impulsivo y valiente, y al oír tal amenaza tiró de su espada sin poder contenerse y se volvió para castigar al insolente. Y apenas lo hubo hecho quedó convertido en piedra negra, lo mismo que su caballo.

Grande fué el dolor de Parizada cuando supo por las cuentas del misterioso collar la desgracia de su hermano. Pero en su corazón había decidido lo que habría de hacer llegado el caso, y sobreponiéndose a su dolor montó a caballo, bien armada y vestida de hombre, y se puso en marcha, siguiendo el mismo camino de sus hermanos. De las indicaciones que recibió dedujo que lo más difícil de la empresa era lograr dominarse al oír las voces, y su astucia de mujer le sugirió un ardid para librarse de ellas. Y fué el de taponarse con algodones los oídos, hecho lo cual arrojó la bola brillante, siguió tras ella hasta la falda del monte, dejó su caballo y empezó a subir la cuesta.

Centenares de voces salían de todas partes; unas con insultos groseros, otras con terribles amenazas, y la princesa las oía, a pesar de los algodones. Su ánimo estuvo a punto de desfallecer; empezó a temblar, pero el recuerdo de sus hermanos le infundió nuevo valor, y apretando el paso, entre un cerco de voces que a cada momento crecían y resonaban cada vez más terribles, llegó a la cumbre, donde vió una jaula con un pájaro de maravillosos colores. Inmediatamente se apoderó de la jaula, llena de gozo, y preguntó al pájaro:

—Dime, ave maravillosa, ¿dónde está el agua de oro?

El pájaro le indicó el camino, y la princesa llenó en el

agua amarilla un pequeño frasco de plata. Luego le preguntó por el árbol que canta, y el pájaro respondió:

—Ahí en el medio del bosque lo hallarás. Corta una rama y plántala en tu jardín; pronto crecerá y será un árbol frondoso, con la misma virtud que el árbol padre.

Guiada por el mágico concierto no tardó la princesa en hallar el árbol sonoro, cuyas hojas, al ser movidas por la brisa, producían una dulce música. Cortó una pequeña rama sonora, y vuelta junto al pájaro preguntó otra vez:

—Mis hermanos están aquí encantados, convertidos en piedras negras. ¿Qué haré para salvarlos?

—Derrama una gota del agua maravillosa sobre cada piedra.

Así lo hizo Parizada, y con la jaula, la rama del árbol y el frasco de plata comenzó a bajar la ladera, derramando una gota de agua amarilla sobre cada piedra. Al instante el encantamiento se desvanecía, y en el lugar de cada piedra negra aparecía un caballero. De este modo volvieron a la vida los príncipes Baman y Perviz, los cuales abrazaron a su hermana con lágrimas de gozo.

Y en posesión de las tres maravillas regresaron a su palacio, escoltados por todos los caballeros salvados por el valor de la princesa, los cuales le rindieron pleitesía y la colmaron de bendiciones.

Llegados a su casa, Parizada puso la jaula en su jardín, y apenas el pájaro comenzó a cantar cuando los ruiseñores, las alondras, los pinzones y malvises, todos los pájaros del cielo, vinieron a su lado a aprender el maravilloso canto. La rama se plantó en un cuadro del mismo jardín; arraigó al instante, y en poco tiempo se hizo un árbol frondoso, cuyas hojas producían los más dulces sonidos. Y en medio del parque se levantó una taza de mármol blanco, donde Parizada derramó su frasco de agua de oro, elevándose al momento un surtidor de veinte pies de altura, que nunca se agotaba.

La nueva de tales portentos cundió pronto por todo el reino, y llegó hasta el mismo palacio del Sultán, el cual, al saber que los dueños de aquel jardín eran los hijos de su antiguo intendente, mostró deseos de conocerlos, y decidió ir en persona a admirar la casa maravillosa.

Cuando Parizada supo que su casa iba a ser visitada por el Sultán no cabía en sí de gozo y consultó al pájaro acerca de lo que debería servirle a la mesa.

—Lo que más le agrada—respondió el pájaro—es un plato de calabaza, con relleno de perlas.

Suspensa quedó la princesa ante esta peregrina respuesta, y sin saber que pensar. Pero el pájaro insistió diciendo:

—Cava de madrugada al pie del primer árbol del jardín. Allí encontrarás las perlas que necesitas.

Así lo hizo Parizada, encontrando un cofrecito de oro lleno de perlas, todas iguales y hermosísimas. En seguida dispuso un espléndido banquete para obsequiar al Sultán, mientras sus hermanos fueron a la corte para unirse a su séquito.

Llegados a la casa, el Sultán conversó largamente con Parizada y sus hermanos, quedando escantado del ingenio y discreción que en los tres se descubría. También hizo grandes elogios de la casa y el jardín, que comparó a su propio palacio. Cuando vió el surtidor de oro se detuvo maravillado:

—¿Dónde está el manantial de este surtidor dorado que no tiene igual en el mundo?

La princesa no contestó a esta pregunta, y le condujo ante el árbol que canta. Allí creció el asombro del Sultán.

—¿Dónde están los músicos que producen este armonioso concierto? ¿Cómo es que no los veo? ¿Están bajo la tierra o invisibles en el aire?

Tampoco a esto contestó la princesa, y le condujo ante el pájaro que habla.

—Esclavo mío—dijo Parizada—, he aquí al Sultán. Salúdale como merece.

Dejó el pájaro de cantar, y respondió:

—Sea bien venido el Sultán de Persia, a quien Alá colme de venturas.

El Sultán no salía de su asombro ante tales portentos, y apenas se atrevía a dar crédito a sus ojos y a sus oídos. Sentáronse luego a la mesa, y cuando vió la calabaza rellena de perlas se quedó pasmado, mirando alternativamente a los príncipes y a la princesa, sin comprender la razón de tan extraño guiso.

—Señor—dijo entonces el pájaro—, os maravilláis de ver un relleno de perlas y no os maravillasteis de que vuestra esposa diera a luz tres monstruos?

—Así me lo aseguraron—respondió el Sultán sorprendido.

—Sí, pero fué un engaño de las hermanas de la Sultana, envidiosas de su suerte. Vuesta esposa dió a luz una hermosa hija y dos hijos, que fueron arrojados al agua por sus hermanas y recogidos y educados por el intendente de vuestros

jardines. Y vuestros hijos son esa bella princesa y esos dos príncipes que tenéis a vuestro lado.

Al oír estas palabras el Sultán y sus hijos se abrazaron derramando lágrimas de alegría y su corazón estallaba de felicidad.

Al día siguiente el Sultán hizo prender a las dos envidiosas hermanas, las cuales confesaron su crimen; pidió públicamente perdón a su esposa, y la inocente Sultana fué sacada de su cárcel de madera y vuelta con sus hijos, a sus honores y a la felicidad de su palacio. El pueblo, al saber tan fausto acontecimiento, se agolpaba por las calles aclamando a sus jóvenes príncipes.

Así vivieron felices largos años. Y en sus jardines siguió cantando el pájaro maravilloso, atrayendo a los ruiseñores y las alondras, los malvíses y pinzones, que de todo Persia venían a aprender su canto.

Cuento árabe. De las «*Mil y Una Noches*»

CONCURSO DE COMPOSICIONES Y DIBUJOS

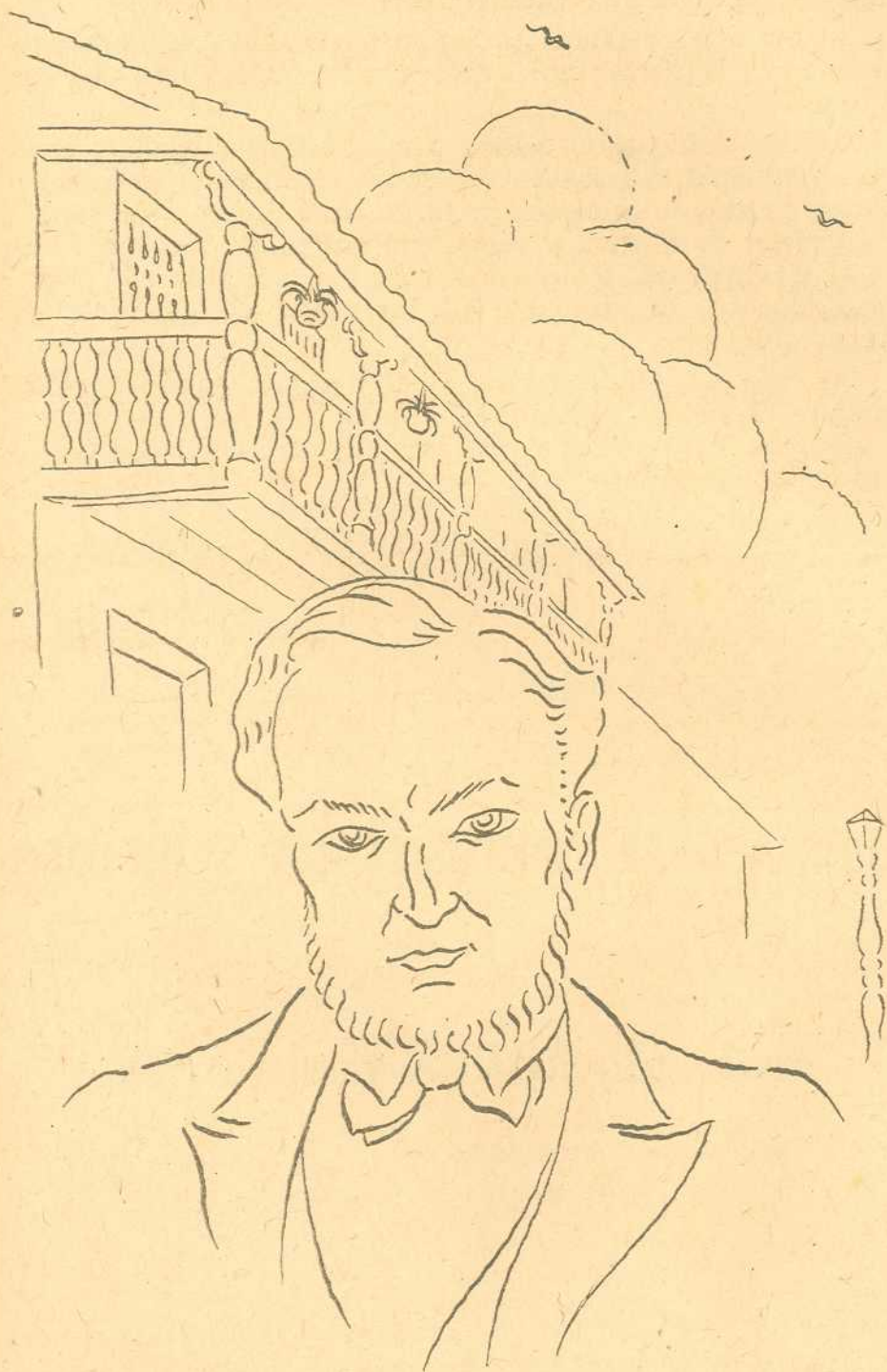
Con el propósito de recibir la colaboración de otros niños que desean participar en el Concurso de

COMPOSICIONES Y DIBUJOS

ampliamos el término para recibir los trabajos hasta el 15 de Junio del presente año.



El resultado del Concurso se dará a conocer en el "FAROLITO" correspondiente al mes de Julio.



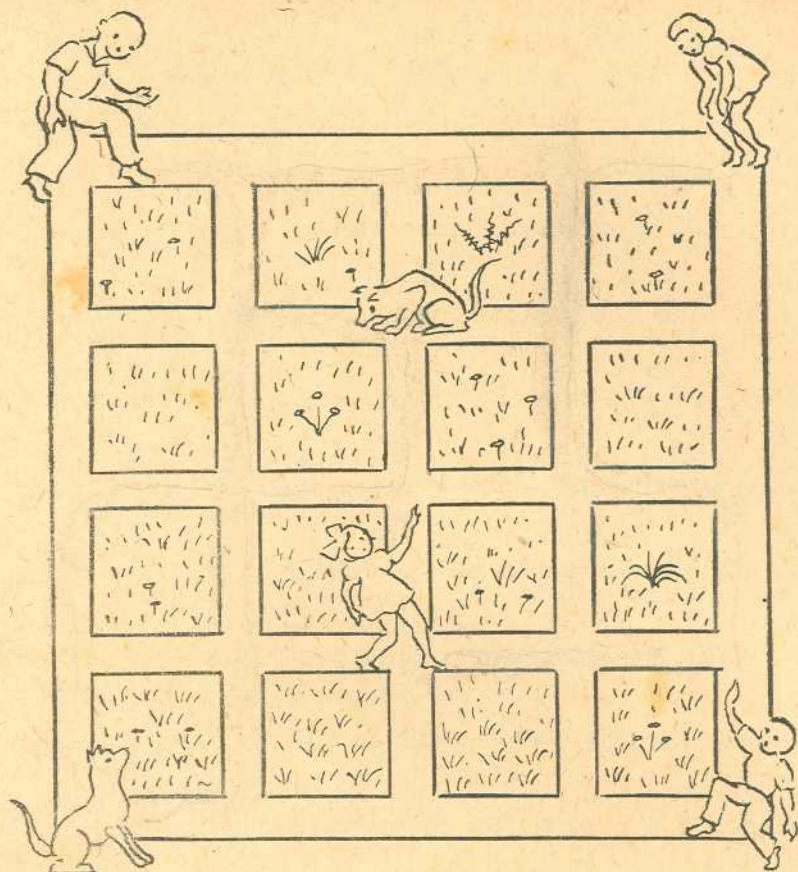
DON JUAN RAFAEL MORA

[Sanchez, Juan Manuel]

LA CASA DONDE VIVIO DON JUAN RAFAEL MORA

Esta casa, de adobes y techo de teja, está situada en un lugar muy céntrico de San José: en la manzana que sigue al Oeste de la de los teatros Palace y Raventós. Es de un estilo español, porque es como nos enseñaron a hacerlas los conquistadores españoles, después del descubrimiento de América. Es graciosa y simpática, y entre las casas nuevas es como una abuelita cariñosa y humilde. Y, lo más importante de todo, es que en ella vivió y fué Presidente de la República don Juan Rafael Mora Porras, "don Juanito", como lo llamaban afectuosamente las gentes de su tiempo. Entre otros méritos, tuvo don Juanito el de haber conducido a sus compatriotas con valor y acierto, a expulsar del país a los filisbuteros, en el año de 1856.

Esta casita es por eso, como por su edad y su gracia, un moderno monumento histórico. Lástima que no se haga nada por conservarla con el cuidado que merece. Pero las golondrinas la quieren y alegran su tejado con sus píos y sus vuelos, en las mañanas claras y en las tardes hermosas...



¡CUIDADO CON EL CESPED!

Cecilia quiere conversar con Rosita.

Pablo quiere conversar con Guillermo.

Los dos perritos quieren jugar juntos.

Pueden hacerlo, pero sin que ninguno de ellos atraviese el camino del otro, pero no deben subir a los cuadritos encajados, ni salir del cuadrado grande. ¿Puede usted indicarles el camino?

ADIVINANZAS

Un convento muy cerrado
sin campanas y sin torres,
con muchas monjitas dentro
haciendo dulces de flores.

Blanca como la paloma,
negra como la pez,
habla y no tiene lengua,
anda y no tiene pies.

Solución a las adivinanzas del N° 1.

1. La cebolla.
2. La granada.
3. El huevo.
4. La madre, la hija y la nieta.

JUAN SANTAMARIA

¡Oh noble Juan Santamaría!
que por defender tu Patria,
arriesgaste tu valerosa vida,
dejando en nuestros corazones
un recuerdo imperecedero.

Por ti, Costa Rica es libre
¡noble Juan Santamaría!
Por eso te recordamos
como nuestro mejor héroe.

Tu cuna fué Alajuela,
nuestra querida provincia,
y en ella hay una estatua
que inmortaliza tu nombre.

Doris Neim
VI Grado. Escuela
Bernardo Soto. Alajuela.

EL DIVINO MAESTRO

Con la cruz a cuestas,
por la calle de la Amargura,
camino al Calvario va Jesús
soportando los latigazos y las lanzas.

Amuinado por las burlas del pueblo
que a gritos decía:
¡Crucifiquenle! ¡Crucifiquenle!
¡Qué muera el que dice es hijo de Dios!

Llegado al Calvario,
fué despojado de sus vestiduras
y clavado en la cruz.
Y así fué como el divino maestro
murió por la salvación del mundo.

Melba Jiménez Brenes,
V Grado. Escuela Cleto
González Víquez. Heredia.



Cuadros sugeridos por los cuentos de Andersen, de los siguientes niños en su orden:
 JOSE ANTONIO BERTOZZI - JORGE MANUEL ARGÜELLO - CECILIA VARELA
Escuela Cleto González Viquez, Heredia